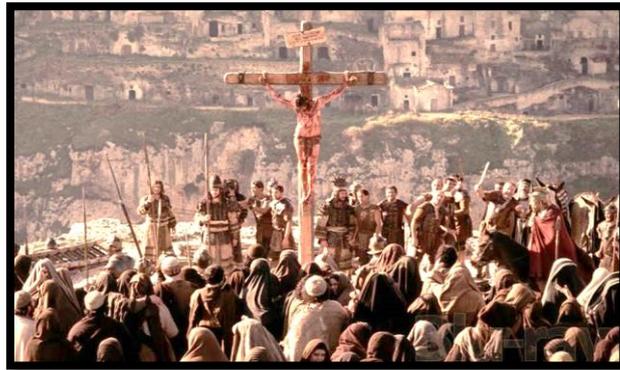


Para la lectura personal: Léelo con calma, date tiempo, reflexiona, para en lo que te llame la atención y ora con ello.



ACOMPañAMOS AL CRUCIFICADO

Acompañamos hoy a Jesús en este momento crucial.

Vemos a Jesús clavado en la cruz. Contemplemos unos minutos esta escena.

MATEO 27,39-50

Los que pasaban meneaban la cabeza y blasfemaban contra él:

—Tú que destruyes el Templo y en tres días lo reconstruyes, ¡sálvate a ti mismo! Si eres el Hijo de Dios, ¡baja de la cruz!

De la misma manera, se burlaban de él los jefes de los sacerdotes, junto con los maestros de la Ley y los líderes religiosos.

—Salvó a otros —decían—, ¡pero no puede salvarse a sí mismo! ¡Y es el rey de Israel! Que baje ahora de la cruz y así creeremos en él. Él confía en Dios; pues que lo libre Dios ahora, si de veras lo quiere. ¿Acaso no dijo: “Yo soy el Hijo de Dios”?

Así también lo insultaban los bandidos que estaban crucificados con él.

Desde el mediodía y hasta las tres de la tarde toda la tierra quedó en oscuridad. Como a las tres de la tarde, Jesús gritó con fuerza:

—*Elí, Elí, ¿lema sabactani?*—que significa “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Cuando lo oyeron, algunos de los que estaban allí dijeron:

—Está llamando a Elías.

Al instante uno de ellos corrió en busca de una esponja. La empapó en vinagre, la puso en una vara y se la ofreció a Jesús para que bebiera. Los demás decían:

—Déjalo, a ver si viene Elías a salvarlo.

Entonces Jesús volvió a gritar con fuerza y entregó su espíritu.

NO TE BAJES DE LA CRUZ

Según el relato evangélico, los que pasaban ante Jesús crucificado se burlaban de él y, riéndose de su sufrimiento, le hacían dos sugerencias sarcásticas: si eres Hijo de Dios, “sálvate a ti mismo” y “bájate de la cruz”.

Esa es exactamente nuestra reacción ante el sufrimiento: salvarnos a nosotros mismos, pensar sólo en nuestro bienestar y, por consiguiente, evitar la cruz, pasarnos la vida sorteando todo lo que nos puede hacer sufrir. ¿Será también Dios como nosotros? ¿Alguien que solo piensa en si mismo y en su felicidad?

Jesús no responde a la provocación de los que se burlan de él. No pronuncia palabra alguna. No es el momento de dar

explicaciones. Su respuesta es el silencio. Un silencio que es respeto a quienes lo desprecian y, sobre todo, compasión y amor.

Jesús solo rompe su silencio para dirigirse a Dios con un grito desgarrador: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”. No pide que lo salve bajándolo de la cruz. Solo que no se oculte ni lo abandonen este momento de muerte y sufrimiento extremo. Y Dios, su Padre, permanece en silencio.

Solo escuchando hasta el fondo este silencio de Dios descubrimos algo de su misterio. Dios no es un ser poderoso y triunfante, tranquilo y feliz, ajeno al sufrimiento humano, sino un Dios callado, impotente y humillado, que sufre con nosotros el dolor, la oscuridad y hasta la misma muerte.

Por eso, al contemplar al crucificado, nuestra reacción no puede ser de burla o desprecio, sino de oración confiada y agradecida: “No te bajes de la cruz. No nos dejes solos en nuestra aflicción. ¿De qué nos serviría un Dios que no conociera nuestros sufrimientos? ¿Quién nos podría entender?”.

¿En quien podrían esperar los torturados de tantas cárceles secretas? ¿Dónde podrían poner su esperanza tantas mujeres humilladas y violentadas sin defensa alguna? ¿A qué se agarrarían los enfermos crónicos y los moribundos? ¿Quién podría ofrecer consuelo a las víctimas de tantas guerras, terrorismos, hambres y miserias? No. No te bajes de la cruz, pues, si no te sentimos “crucificado” junto a nosotros, nos veremos más “perdidos”.

CRUCIFICADO CON NOSOTROS.

El sufrimiento lleva a muchos a gritar a Dios. No todos lo hacen de la misma forma. Algunos preguntan por Dios teóricamente: “¿Cómo puede Dios permitir esto?”. Tienen la impresión de que Dios es una especie de fuerza ciega e insensible que no se preocupa de nadie. De ordinario habla así quien contempla el sufrimiento desde lejos. No es esta la pregunta de quien lo sufre en su propia carne. Su grito tiene otro acento más desgarrador: “Dios mío, ¿dónde estás?, ¿por qué te ocultas?, ¿no sientes mi dolor y mi pena?”.

En el corazón de la fe cristiana hay una historia de pasión. Es la historia de Jesús perseguido, abandonado, torturado y crucificado. Ninguna otra religión tiene otra figura martirizada en su centro. Pero – lo que es más escandaloso aún-, en el centro de esta pasión está la experiencia del abandono de Dios. Después de tres horas de silencio, clavado en la cruz, aguardando la muerte, Jesús lanza un grito desgarrador: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?”.

Lo que angustia a Jesús no es la muerte. Es el temor a que, después de haber confiado totalmente en el Padre, este lo pueda “abandonar”. ¿Dónde quedará el reino de Dios cuya dicha ha prometido a los pobres y desgraciados del mundo? Es el silencio espantoso de Dios lo que le hace gritar. Y es ese precisamente el grito al que tantas personas atormentadas se siguen uniendo todavía hoy, pues expresa lo que sienten: “¿Dios mío, por qué me has abandonado?”.

Pero, ¿es realmente así? Si lo ha dejado morir solo y abandonado en la cruz, Dios no solo sería un Dios insensible, sino también un Dios cruel. Pero en la primera comunidad cristiana afirman rotundamente lo contrario. “En Cristo estaba Dios reconciliando al mundo consigo” (2 Cor 5, 19). Cuando Cristo sufre en la cruz, el Padre sufre la muerte de su hijo amado. Ambos sufren, aunque de manera distinta: Cristo sufre la muerte en su carne humana. El Padre sufre la muerte de su Hijo en su corazón de Padre. La pasión de Cristo le hace sufrir a Dios, es la pasión de Dios.

Esto lo cambia todo. Si Dios mismo está sufriendo en Cristo, entonces Cristo trae la comunión de Dios con quienes se ven humillados y crucificados como él. Su cruz, levantada entre nuestras cruces, es la señal de que Dios sufre en todo sufrimiento humano. A Dios le duele el hambre de los niños de Etiopía, la humillación de las mujeres de Iraq o la angustia de los torturados por tantos abusos e injusticias.

Este Dios “crucificado con nosotros” es nuestra esperanza. No sabemos por qué Dios permite el mal. Y, aunque lo supiéramos, no nos serviría de mucho. Sabemos que Dios sufre con nosotros. Esto es lo decisivo, pues, con Dios, la cruz termina en resurrección, el sufrimiento en dicha eterna.

EL CAMINO PARA SALVAR AL SER HUMANO.

Para un cristiano, la cruz de Cristo no es un acontecimiento más que se pierde en el pasado. Es el acontecimiento decisivo en el que Dios salva a la humanidad. Por eso, la vida de Jesús

entregada hasta la muerte nos revela el camino para liberar y salvar al ser humano.

La cruz nos revela, en primer lugar, que es importante “cargar con el pecado”. Por supuesto, hay que eliminar el mal y la injusticia, hay que combatirlos de todas las formas posibles. Pero hemos de estar dispuestos a cargar con ese mal hasta donde haga falta. Jesús redime sufriendo. Solo quienes se implican hasta sufrir el mal en su propia carne humanizan el mundo.

La cruz nos revela además que el amor redime de la crueldad. Muchos dirán que lo importante es la defensa de la democracia y de sus valores, ¿para qué queremos el amor? Pues bien, el amor es necesario para llegar a ser sencillamente humanos. Se olvida que la misma Ilustración basó la democracia sobre “la libertad, la igualdad y la fraternidad”. Hoy se insiste mucho en la libertad, apenas se habla de igualdad y no se dice nada de la fraternidad. Cristo redime amando hasta el final. Una democracia sin amor fraterno no llevará a una sociedad más humana.

La cruz revela también que la verdad redime de la mentira. Se piensa que, para combatir el mal, lo único importante es la eficacia de las estrategias. No es cierto. Si no hay voluntad de verdad, si se difunde la mentira o se encubre la realidad, se está obstaculizando el camino hacia la reconciliación. Cristo redime dando testimonio de la verdad hasta el final. Solo quienes buscan la verdad por encima de sus propios intereses humanizan el mundo.

Nuestra sociedad sigue necesitando urgentemente amor y verdad. Indudablemente hemos de concretar sus exigencias entre nosotros. Pero concretar el amor y la verdad no significa desvirtuarlos o manipularlos, menos aún eliminarlos. Quienes “cargan con el pecado” de todos y siguen luchando hasta el final por poner amor y verdad entre los hombres generan esperanza. El teólogo alemán Jürgen Moltmann hace esta afirmación: “No toda vida es motivo de esperanza, pero sí esta vida de Jesús, que por amor toma sobre sí la cruz y la muerte”.

CARGAR CON LA CRUZ

Lo que nos hace cristianos es seguir a Jesús. Nada más. Este seguimiento a Jesús no es algo teórico o abstracto. Significa seguir sus pasos, comprometernos como él a “humanizar la vida”, y vivir así contribuyendo a que, poco a poco, se vaya haciendo realidad su proyecto de un mundo donde reine Dios y su justicia.

Esto quiere decir que los seguidores de Jesús estamos llamados a poner verdad donde hay mentira, a introducir justicia donde hay abusos y crueldad con los más débiles, a reclamar compasión donde hay indiferencia ante los que sufren. Y esto exige construir comunidades donde se viva con el proyecto de Jesús, con su espíritu y sus actitudes.

Seguir así a Jesús trae consigo conflictos, problemas y sufrimiento. Hay que estar dispuestos a cargar con las reacciones y resistencias de quienes, por una razón u otra, no buscan un mundo más humano, tal como lo quiere ese Dios encarnado en Jesús. Quieren otra cosa.

Los evangelios han conservado una llamada realista de Jesús a sus seguidores. Lo escandaloso de la imagen solo puede provenir de él: “Si alguno quiere venir detrás de mí...cargue sobre las espaldas su cruz y sígame”. Jesús no los engaña. Si le siguen de verdad, tendrán que compartir su destino. Terminarán como él. Esa será la mejor prueba de que su seguimiento es fiel.

Seguir a Jesús es una tarea apasionante: es difícil imaginar una vida más digna y noble. Pero tiene un precio. Para seguir a Jesús es importante “hacer”: hacer un mundo más justo y más humano; hacer una Iglesia más fiel a Jesús y más coherente con el evangelio. Sin embargo, es tan coherente o más “padecer”: padecer por un mundo más digno; padecer por una Iglesia más evangélica.

SEGUIR A JESÚS CONDUCE A LA CRUZ.

Estamos tan familiarizados con la cruz del Calvario que ya no nos causa impresión alguna. La costumbre lo domestica y lo “rebaja” todo. Por eso es bueno recordar algunos aspectos demasiado olvidados del Crucificado.

Empecemos por decir que Jesús no ha muerto de muerte natural. Su muerte no ha sido la extinción esperada de su vida biológica. A Jesús lo han matado violentamente. No ha muerto tampoco víctima de un accidente casual ni fortuito, sino ajusticiado, después de un proceso llevado a cabo por las fuerzas religiosas y civiles más influyentes de aquella sociedad.

Su muerte ha sido consecuencia de la reacción que provocó con su actuación libre, fraterna y solidaria con los más pobres y abandonados de aquella sociedad.

Esto quiere decir que no se puede vivir el evangelio impunemente. No se puede construir el reino de Dios, que es reino de fraternidad, libertad y justicia, sin provocar el rechazo y la persecución de aquellos a los que no interesa cambio alguno. Imposible la solidaridad con los indefensos sin sufrir la reacción de los poderosos.

Su compromiso por crear una sociedad más justa y humana fue tan concreto y serio que hasta su misma vida quedó comprometida. Y, sin embargo, Jesús no fue un guerrillero, ni un líder político, ni un fanático religioso. Fue un hombre en el que se encarnó y se hizo realidad el amor insondable de Dios a los hombres.

Por eso ahora sabemos cuáles son las fuerzas que se sienten amenazadas cuando el amor verdadero penetra en una sociedad, y cómo reaccionan violentamente tratando de suprimir y ahogar la actuación de quienes buscan una fraternidad más justa y libre.

El evangelio siempre será perseguido por quienes ponen la seguridad y el orden por encima de la fraternidad y la justicia (fariseísmo). El reino de Dios siempre se verá obstaculizado por toda fuerza política que se entienda a sí misma como poder absoluto (Pilato). El mensaje del amor será rechazado en su raíz por toda religión en la que Dios no sea Padre de los que sufren (sacerdotes judíos).

Seguir a Jesús conduce siempre a la cruz; implica estar dispuestos a sufrir el conflicto, la polémica, la persecución y hasta la muerte. Pero su resurrección nos revela que a una vida crucificada, vivida hasta el final con el espíritu de Jesús, solo le espera resurrección.

El camino abierto por Jesús. (José Antonio Pagola)

